EL PAÍS
Babelia

RAQUEL VIDALES
10 OCT 2020

TEATRO | CRÍTICA DE 'DAIMON Y LA JODIDA LÓGICA'

Matarile: poderío escénico

La compañía dirigida por Ana Vallés compone en 'Daimon y la jodida lógica' un espectáculo de gran fuerza visual

Una escena de 'Daimon y la jodida lógica', de la compañía Matarile.

¡Qué poderío tiene la compañía Matarile! Su espectáculo *Daimon y la jodida lógica* es de esos que quedan grabados en la retina por su fuerza escénica y visual. Y logra lo que pocos: no solo entra por los oídos y los ojos, sino por los poros. Cala físicamente y se instala en el cuerpo del espectador.

Por su estructura recuerda a las obras de la coreográfa alemana Pina Bausch, referencia confesa de Ana Vallés, la directora de Matarile. Nueve actores-bailarines-músicos de personalidades variadas y singulares desfilan alternativamente por el escenario componiendo diferentes cuadros en torno a un tema. En este caso, más que un tema, lo que se plantea es una invitación a salir de la prisión de la “jodida lógica” para penetrar en

lo extraordinario. En todo eso que no podemos comprender y que por ello nos aterra y fascina al mismo tiempo.

El asunto se desarrolla en diferentes planos: parlamentos filosóficos, bailes, proyecciones, canciones, música en directo y una acumulación de imágenes y estéticas que desbordan las convenciones, los géneros y la razón. Un bailarín con falda de tablas, una mujer-vaca que baila con un cencerro, otra que parece sacada de una fotografía de Helmut Newton, una violista enfurecida, un batería que toca los platillos con los dientes, una mujer transexual que desafía su estereotipo. Revoloteando entre ellos, la inquietante presencia de un zancudo con nariz de Pinocho: ángel y demonio, el *daimon.*

Hay tantas referencias visuales y filosóficas que es difícil enumerarlas. Desde el circo hasta la estética *queer,* el cabaret, las prostitutas de Bob Fosse, el *voguing,* Artaud, Kantor, Bolaño, Bourgeois, Duras, Zizek, Cartarescu. Todo converge felizmente en el cuerpo de sus estupendos intérpretes, cocreadores también de las coreografías, envueltos en la sugerente atmósfera lumínica creada para ellos por Baltasar Patiño, cofundador de Matarile junto a Vallés.

Este **DAIMON** se estrenó el año pasado pero sigue de gira. Tras su paso esta semana por el Teatro de la Abadía de Madrid, en los próximos meses podrá verse en Gijón, Murcia y Valencia. En paralelo, Matarile estrenará una nueva obra en el festival FITO de Ourense la semana que viene, un dúo titulado ***El diablo en la playa*****,** con Claudia Faci y Celeste González. Será la 30ª producción de la veterana compañía gallega, referencia de la vanguardia escénica española. Y que siga.

Daimon y la jodida lógica. Dramaturgia y dirección: Ana Vallés. Teatro de La Abadía. Madrid. Hasta el 11 de octubre. Próximas fechas en gira: Gijón, 24 de octubre; Murcia, 7 de noviembre; Valencia, 27-28 de febrero.

La Nueva España

DAIMONY LA JODIDA LÓGICA

Crítica / Teatro-Danza

El placer y el deseo

La icónica compañía gallega "Matarile Teatro" llega a las tablas del Jovellanos para meterse al público en el bolsillo con "Daimon y la jodida lógica"

Elena Palomo

Daimon y la jodida lógica

Matarile Teatro

Directora: Ana Vallés

Intérpretes: Ricardo Santana, Nuria Sotelo, Celeste, Alba Loureiro.

Teatro Jovellanos, Gijón
Sábado, 24 de octubre, 20.30 horas.

Entrar en el Teatro Jovellanos para encontrarte con un escenario habitado por una gran bola de discoteca y una preciosa batería es ya saber que lo que se va a producir esa noche va a ser sin duda algo especial. Luces apagadas, se cierran las puertas y se apagan los dispositivos (o al menos se debería). Ahí, una actriz comienza a hacer música acompañada de su piano y pronto se produce en escena un gran encuentro de cuerpos. Con grandes referencias a Pina Bausch, el voguing, el estilo disco de los años 80, Artaud, Kantor o Bolaño, esto es "Daimon y la jodida lógica", una producción de la significativa "Matarile Teatro" y Ana Vallés.

Pero, ¿qué es el Daimon? La compañía compone una pieza de casi dos horas para dar forma a ese Daimon que surge como esa voz de la conciencia, esa intuición que todos poseemos, ese balbuceo, nuestros ángeles y nuestros demonios, un susurro. Un espectáculo donde se funden numerosos lenguajes, donde confluyen la música, la danza, las imágenes, el público, las luces y por supuesto el teatro. Una serie de correspondencias, donde al final expresarse con el cuerpo o con la palabra puede ser lo mismo.

El texto compuesto por Ana Vallés reflexiona sobre las grandes cosas que nos rodean con un gran toque humorístico: nuestra filosofía, nuestro tormento, nuestra cultura, la homofobia, el racismo, el arte, el goce o el placer.

> **"Matarile Teatro" crea un hueco de calor, de todo lo que éramos antes, y sobre todo un lugar de esperanza**

Un reparto exquisito compuesto por Ricardo Santana, Nuria Sotelo, Celeste, Alba Loureiro, Cristina Hernández Cruz, Nacho Sanz, Jorge de Arcos Pozo, Neus Villà Jürgens y Ana Cotoré. Con un talento vertiginoso y sobre todo, un trabajo arduo, sus cuerpos se encuentran en el espacio llenos de rabia, de energía y una presencia imponente. En especial me fascinó la interpretación de la actriz Celeste, hechizante con su aparición enfundada en un vestido de corte de sirena al más puro estilo Pink Flamingos.

El espacio sonoro está compuesto por los propios actores y actrices, además de la iluminación a manos de Baltasar Piño, siendo un personaje más que imprime carácter y personalidad a la escena. Componiendo momentos icónicos como los solos de batería o el juego lumínico con la bola de discoteca, así como con la indumentaria de lentejuelas del reparto, capaz de dejar absorto al público creando una combinación de luces que bañaba todo el teatro.

"Daimon y la jodida lógica" hace eso, mandar a la mierda la lógica, las cosas que aceptamos y acatamos per se. Retrata nuestros pensamientos, nuestros discursos internos y nos hace empatizar con la luz, con el espacio, la música, empatizar con el momento. Acompasar tu ritmo al ritmo de lo que está sucediendo en escena y dejar de lado lo explicable, dejar de buscar razonamiento a todo lo que nuestros ojos ven. "Matarile" crea un recoveco, un hueco de calor, de todo lo que éramos antes y sobre todo, un lugar de esperanza donde los placeres y los goces están muy presentes, porque empujarnos hacia el disfrute es la mejor opción y parafraseando sus palabras: "Emborrachate de vino, de poesía, de virtud, de lo que quieras."

El espectáculo terminó con el público encantado, que alabó a la compañía al grito de: ¡Bravo!

Publicado en La Nueva España 26/10/2020

Ociocrítico.com

CRITICA
Realizada durante la retrospectiva reciente de Matarile ofrecida por el Festival de Otoño de Madrid en 2019

Festival de Otoño
(Foto: Rubén Vilanova)

'Daimon y la jodida lógica': La sorpresa de la belleza y la belleza de la sorpresa

Por José-Miguel Vila / @josemiguelvila
26 de noviembre de 2019

Después de *Los limones, la nieve y todo lo demás*, un montaje de Matarile del que ya hemos hablado en estas páginas acudimos a la **segunda de las tres propuestas que ha traído la compañía gallega al 37º Festival de Otoño de Madrid**, 'DAIMON y la jodida lógica', que ha podido verse únicamente durante los días 23 y 24 de noviembre en la Sala José Luis Alonso del Teatro de La Abadía. ¡Y bien que lamento no poder acudir a la tercera! Por el momento, no tenemos el don de la ubicuidad, pero hay que ir buscando ya la fórmula de encontrarlo porque Matarile Teatro es una de esas compañías que –treinta años después de iniciado su trabajo en la

escena-, enamoran, atraen como un imán repleto de incontenible belleza, originalidad y sorpresas permanentes.

Si decimos que 'Daimon y la jodida belleza' entra dentro del género de la *performance*, no mentimos, pero tampoco decimos toda la verdad, lo cual es casi peor que una mentira a secas. Sí, es performance, pero también danza, teatro, poesía, luz de ensueño, color, música multigéneros, sonido total, filosofía, dos horas ininterrumpidas de belleza, de ensueño, de elogio de lo cotidiano, de lo íntimo, de lo visceral, de la corazonada por encima de la idea, de humor inteligente, de burla piadosa de los encasilladores… Podríamos seguir así, aportando términos que aproximen a la definición del espectáculo pero en la seguridad de que nunca alcanzaríamos a enmarcarlo sólo con las palabras…

Quizás sea el término *maravilla* el que más se aproxime a esta hermosísima propuesta escénica que Matarile estrenó el pasado 6 de septiembre en la Sala Ártika de Vigo y que ahora trae a Madrid el Festival de Otoño. Dirige el montaje **Ana Vallés** y lo materializan en escena los intérpretes **Ricardo Santana**, **Nuria Sotelo**, **Celeste**, **Alba Loureiro**, **Cristina Hernández Cruz**, **Nacho Sanz**, **Jorge de Arcos Pozo**, **Neus Villà Jürgens** y **Ana Cotoré**. Eso sí, con el imprescindible concurso de los músicos –alguno de ellos también intérpretes-, **Nacho Sanz** (batería procesada y teclados), **Cristina Hernández** (teclados y voz), **Alba Loureiro** (viola procesada y teclado), **Neus Villà Jürgens** (guitarra eléctrica y voz) y **Nuria Soleto** (trompeta). Y, por último, el mago de la técnica, el sonido, la luz y el espacio, **Baltasar Patiño** quien, por si todo esto fuera poco, se encarga también de la imagen pública y de las redes de la compañía.

Actores, intérpretes y músicos se conjugan a la perfección para celebrar con el público una fiesta de los sentidos en donde, bajo una bruma permanente sobre el escenario que aproxima lo vivido al ensueño, se trata, no sólo de descubrir, sino de aprender a convivir con el *Daimon*, esa figura mitológica de la cultura griega y romana, que es para **Ana Vallés**, "el destino, la voz de la conciencia, la intuición, un ángel o un demonio…".

En fin, y en pocas palabras, que no te pierdas un espectáculo como este si llega a tu ciudad. Yo, desde luego, hago ya el firme propósito de volver a verlo en cuanto pueda. Es de esos montajes que lo reconcilian a uno con el arte, con la belleza, con el teatro. Mi más sincera y efusiva enhorabuena a todos los que lo han hecho posible.

elDiario.es

Región de Murcia

José Antonio Fuentes
8 de noviembre de 2020
CRÍTICA TEATRAL

“Soy enorme, he vencido el cansancio. El miedo ya no me toca”, Matarile despide temporada en el Teatro Circo Murcia

- **La pureza del hecho teatral se presentó de la forma más extraña que llegamos a imaginar. “Somos las que estamos, ¡vamos, Murcia!”, espetó Celeste González a un público reducido, clavado en la butaca y con la sensación de apuntalar un frágil andamiaje artístico que permita a los obreros del teatro continuar la faena**

'Daimon y la jodida lógica' de la compañía Matarile

Hace tiempo leí a un creador escénico catalán algo así: “Dejemos de ir al teatro pensando dónde tomar las cañas después”. Eran otros tiempos y me sonó a gloria, a profecía. Anoche, en la Región de Murcia, la hostelería y restauración estaban cerradas en medio de un toque de queda instaurado con motivo de la COVID-19. A la salida del Teatro Circo Murcia no había bar que elegir. La pureza del hecho teatral se presentó de la forma más extraña que llegamos a imaginar. “Somos las que estamos, ¡vamos, Murcia!”, espetó Celeste González a un público reducido, clavado en la butaca y con la sensación de apuntalar un frágil

andamiaje artístico que permita a los obreros del teatro continuar la faena. Allí estábamos unos señores y señoras de Murcia en pos de nuestra Ninette, llegada de Galicia y con nombre mitológico, mitad ángel, mitad demonio: 'Daimon y la jodida lógica' de Matarile Teatro.

El espectáculo es contundente, incontable, dado a la multiplicidad y la fragmentación narrativa, de movimiento y musical. Discursos y cuerpos rotos. Caídas y sublevación de espíritus. El escenario convertido en un ring de boxeo de bailarinas contra sí mismas.

Una mujer-vaca que baila-lucha, el esqueleto de una mujer-bola de discoteca, gira y te gana con su luz. Me caigo y levanto con cada espasmo de una bailarina en traje de lunares. Cristina Hernández Cruz y su música, sus cucarachas entre la porquería del mundo y la frase de la noche: "Soy enorme, he vencido el cansancio. El miedo ya no me toca". Celeste que recuerda al Mauricio que fue y ya no le alcanza. Todas medio algo, híbridas, vulnerables, salvajes. La banda de punk -o lo que sea- con su cantante-bailarina rota que expulsa y abraza su propio Daimon, celestial y demoníaca voz. Y todos juntos, con sus fantasmas y referentes, tomando algo, en una mesa alargada, apenas iluminados, radiantes en su presencia. Qué belleza de escena.

Y para terminar, balbuceemos. Algo que la propia Vallés defendió en una entrevista: "Prefiero el balbuceo a la sentencia". Una cosa y otra a la vez. Dudemos encima del escenario y fuera, en todas partes. No hay voluntariado que limpie este chapapote: la jodida lógica.

elDiario.es

José Antonio Fuentes

8 de noviembre de 2020

Revista on-line de música y arte sonoro / III época / issn: 1697-6886
SULPONTICELLO

Daimon y la jodida lógica, Arvo Pärt al lado de Frank Sinatra

Hablamos de este espectáculo teatral con el que Matarile volvió al Teatro de la Abadía por solo cuatro días, donde triunfara el año pasado con esta misma obra.

CRÍTICA Antonio Hernández Nieto 1 noviembre 2020

Comienza el espectáculo y la compañía se autoflagela. Se critica por darse a la rutina y a la costumbre. ¿Y después? Después se pone a bailar, a tocar música, a cantar, a citar autores. Se da al exceso y llama al público a darse a dicho exceso. Todo eso y mucho más es *Daimon y la jodida lógica*. El espectáculo con el que Matarile volvió al Teatro de la Abadía por solo cuatro días, donde triunfara el año pasado con esta misma obra.

Lo hace con un gran elenco. De los que ya no se ven en compañías privadas y menos si pertenecen a lo que se llama off o teatro alternativo. Un elenco que canta, baila, sabe decir un texto por difícil que sea y en distintos idiomas, sabe actuar, sabe tocar instrumentos. Sabe ocupar el espacio y llenarlo, ya sean solos o acompañados.

El valor para montar todo esto lo pone Ana Vallés, la directora. Una directora que pensó que este espectáculo era una tormenta en la que no podía dejar de meterse.

No podía dejar de mojarse. Y, sí, es una tormenta. Una tormenta de ideas que mantiene en vilo al espectador. Ideas convertidas en imágenes que se suceden a un ritmo vertiginoso para audiencias curiosas. Audiencias a las que le gusta el misterio, pero no los secretos, ni las sorpresas, como tampoco las revelaciones ni los desvelamientos.

Esas audiencias que arrancan en los años ochenta del siglo pasado y que aprendieron que todo era cultura. Es decir, que todo era una fiesta. Desde Foucault a Chavela Vargas pasando por Kantor y Simone de Beauvoir. Desde Bernhard y su caminante hace el camino al andar hasta Antonio Machado, que lo dijo mucho antes que él y con menos palabras. Audiencias que discutieron sobre la postmodernidad y la fragmentación. Que repiten como un mantra que la sociedad en la que se vive es una sociedad del espectáculo.

Audiencias que recibieron en tromba todo aquello que hasta entonces les había sido vetado. Peter Brook, Lepage, Pina Bausch, Bob Wilson. Lygeti, Stockhausen, Philip Glass, John Cage, Steve Reich junto a Caetano Veloso o Maria Bethania o los 10.000 maniacs, los Talking Heads de David Byrne o los nuevos románticos. Arvo Part al lado de Frank Sinatra. A los que siguieron la Schaubühne de Ostermeier, la Kosmiche Oper de Barrie Kosky, Castelluci el Toneelhuis de Guy Cassiers, el frenesí de Sasha Waltz, las novelas de Bolaño.

¿Hace falta saber y conocer todo esto para disfrutar de esta propuesta teatral? No. Simplemente saber que, si se nombran en escena, ya sea de palabra o por acción, es porque son importantes. Son referencias. Que todo lo que se ve, se oye y se escucha, que todo el atrevimiento y la osadía no son espontáneas. Que pertenecen al mundo de la reflexión, una reflexión hecha a pie de escena basada en lo que palpita. En la vida como cambio, la vida como propuesta que merece ser vivida.

Y ahí está Celeste, que antes era Mauricio, para contarnos como una Bibi Andersen envejecida, y también canaria, que lo importante es vivir, bailar y cantar, hacerse la directora de su propia escena. Solicitar lo que se quiere y cómo se quiere, aunque dude. No, no es un hombre empoderado que se cambia de sexo. Tampoco una mujer empoderada tras un cambio de sexo. Es un ser humano. Un bello temor teatral que, desde su estatura de vedette de revista, le pide a Baltasar Patiño, la otra pata importante de Matarile, lo qué quiere y cómo lo quiere, más bien, cómo lo necesita para vivirlo.

Y es que esta obra, con su texto endiablado, construido como un medley de ideas, citas, músicas, cogidas de aquí y de allá, es una osadía. La que recuerda al espectador, como quien no quiere la cosa, y tras un buen rato, que cuando muera el mundo desaparecerá para siempre. Una lúgubre cita que en esta obra suena a fiesta puesto que llama a vivir y a bailar, como hace la bailarina que se lanza al escenario después de que se oiga esta frase. También llama a tocar música, aunque sea arrastrando los dientes por un plato de batería. Llenando de vida, de arte, de alegría, de energía no solo la escena, sino el patio de butacas. Porque vivir es una

fiesta. Como lo es está esta obra. Llena de hermosos cuerpos en movimiento, cubiertos del confeti dorado que, al contrario de los finales felices, se ha lanzado casi al principio del espectáculo.

Una obra que es una celebración, un akelarre, un exorcismo de toda esa tristeza que la *jodida* lógica impone, introduciendo miedos, cercenando esperanzas, condicionando vidas y relaciones. Una lógica de tristeza y depresión que tiene su dieta. La que Robert Burton propone en su influyente libro *Anatomía de la melancolía*. Un autor del XVII que sigue muy presente en toda biblioteca que se precie de ser buena, aunque sugiera matar a los melancólicos de hambre y como alternativa les ofrezca darse a la virtud, al deseo o al vino. Que sería lo mismo que decirles ahora que se hicieran anoréxicos antes de meterse a curas o a monjas o a talibanes, o de que se tirasen a todo lo que se moviese o se diesen a las drogas ¿De verdad que hay que soportar y seguir tanta mente enferma? ¿Hay que seguir su *jodida* lógica?

No. No es necesario. Cada uno tiene ya su propio demonio. Ese que hace de las suyas en cuanto se le deja. Ese que, con su nariz de Pinocho, pues es un *jodido* mentiroso, avanza dando zancadas, como lo hace el actor que lo representa en el escenario. Que ni canta, ni baila, ni dice nada interesante. Que no provoca vida, sino que más bien la cercena, la confunde o la maltrata. Que dificulta en definitiva, la alegría de vivir, de bailar, de hacer música de pasárselo bien haciéndolo.

Y es que hay que saber que no hay un jodido happy ending por mucha música y baile que le pongan los musicales y el cine comercial. Ya que ¿cómo se termina un espectáculo? ¿Y el espectáculo de la vida? Lo que hay es una *jodida vida* y lo mejor que se puede hacer con ella es vivirla. Meterse en esa tormenta vital y mojarse como lo hacía Gene Kelly en la icónica escena de *Cantando bajo la lluvia* para, quién sabe si como él, bailar de felicidad.

Antonio Hernández Nieto

1 noviembre 2020

ARTEZBLAI
el periódico de las Artes Escénicas

DAIMON y la jodida lógica / Matarile

Por **Eva Vallines** Crítica - 2 NOVIEMBRE 2020

Universo Matarile

La evolución semántica de la palabra daimon desde sus orígenes griegos hasta hoy es tan fascinante como el espectáculo con el que la compañía gallega Matarile inundó el Jovellanos "de luz y de color". Y nunca mejor dicho lo de la luz, pues Baltasar Patiño, uno de los fundadores de la compañía, es el responsable de una iluminación tan mágica como hipnótica. La trayectoria de Matarile nunca ha dejado de sorprendernos y cuestionarnos.

Con 'Daimon y la jodida lógica' han cosechado el aplauso de la crítica y el público y no es para menos. La pieza hace honor al título y desafía las leyes del "logos" para arañarnos las entrañas desde un planteamiento plenamente sensorial. Con un aire muy europeo, en una caja escénica sin aforar, los intérpretes apenas abandonan la escena acompañados por la fuerza y el nervio de la luz y la música en directo, sobre todo la batería de Nacho Sanz, que lleva la voz cantante. Alternando momentos de gran lirismo y música cadenciosa con el desenfreno más "daimónico" y chamánico, los actores/bailarines/músicos pululan por la escena hasta descoyuntarse física o anímicamente en solos que van marcando el ritmo de este espectáculo sin pausa. La palabra daimon es tan polisémica (dios, demonio, destino,

genio protector, espíritu, carácter, suerte…) como ecléctica es la puesta en escena, que aúna referencias circenses, ochenteras, raperas, kitsch, heavymetaleras, oníricas, sensuales y provocadoras. Una fiesta de lentejuelas y confeti trufada con reflexiones filosóficas y máximas de la física cuántica acerca del sinsentido de la vida o la pérdida de la esperanza, que resultan más necesarias que nunca en estos tiempos Covid.

Comienza la función con una declaración de principios de la compañía en boca de Ricardo Santana, que nos habla del orgullo y el privilegio de pertenecer a un reducto estético, no sin cierto desencanto otorgado por el paso de los años y el ver cómo "el desfile de los dóciles" traiciona a los comprometidos con la verdad escénica, que se resisten a la indiferencia y a desaparecer, en un acto heroico de amor al arte. Todo ello salpicado de las habituales pinceladas de humor que pueblan sus monólogos: *"no pisoteen a las actrices, que ya vienen pisoteadas de casa"*. Los contrastes y los opuestos son el eje que vertebra el discurrir escénico. Por una parte, los duelos de breakdance callejero en los que Ana Cotoré se retuerce y distorsiona desmelenándose como una fiera herida para retomar con pasmosa tranquilidad a recitarnos en italiano un fragmento de 'Morire?' de Adami-Puccini. Y a continuación emerge Celeste como una diosa hollywoodiense envuelta en lamé, deslumbrante presencia y cautivadora interpretación, que protagoniza también las interpelaciones al público, en un estilo muy de cabaret. Entre karaoke y brillantina merodea el daimon (Jorge de Arcos), que tan pronto es ángel como demonio y se arrastra por la escena en unos zancos construidos ex profeso, que le hacen balancearse apurando las leyes "lógicas" de la gravedad. No faltan las críticas a la hipocresía del primer mundo que lava su conciencia leyendo a Coetzee y disfrutando con los postulados animalistas de Elisabeth Costello.

Hay mucha belleza en escena que nos impregna las retinas y encoge el corazón: el solo quejumbroso de la viola de Alba Loureiro y las reflexiones sobre la dieta de los melancólicos, cargadas de ironía. El doloroso vaivén del cencerro en el cuello de Neus Villà o el desgarro rockero de Cristina Hernández como filósofa cuántica. Nuria Sotelo, cual princesa de Éboli engabardinada, nos fascina con sus contorsiones, mientras Celeste acaricia la bola de discoteca al son de una sensual canción francesa. El daimon alado revolotea por la escena o se ayuda de unas muletas que acentúan su animalidad. El destino fatal se cierne sobre nuestras cabezas y juega con los actores como marionetas. Emulando a Baudelaire se nos anima a embriagarnos para poder soportar la realidad, embriagarnos de vino, de poesía o virtud… Las referencias son continuas: Pina Bausch, Kantor, Louis Malle, Sorrentino, Zizek, Cartarescu, Becerra, Marguerite Duras, Artaud y Bolaño, cuyos hologramas incluso comparten mesa con los actores. El poder del nombre y las palabras como presagio que determina la vida de las personas. Y en un intento de exorcizar el pasado nos despiden las palabras de Bolaño y una música de bolero con maracas. Sin esperanza no hay miedo. La Vallés poetiza la realidad y consigue habitar lo inefable, lo que no se puede expresar con palabras. Allá donde el deseo habita, es adonde nos ha trasladado Matarile con este fascinante y seductor espectáculo. Por muchos años más.

Eva Vallines

Teatro Jovellanos, sábado 24 de octubre

erre gue té revista galega de teatro

erreguetê # revista galega de teatro

Daimon y la puta lógica

Ana Abad de Larriva

Critica 16 de septiembre de 2019

Foto: David Rhodes

La apoteosis de la locura.

La mayor parte de lo que importa en la vida no es entendido por nuestra mente lógica. Me refiero a esas emociones que nos sacuden: subyugar, liberar, incomodar ... Las que nos hacen gritar de rabia, o de placer o nos hacen sonreír. Los que duran unos segundos o se instalan durante años. *DAIMON y la jodida lógica* , la última etapa de creación de Matarile, que debutó el fin de semana del 6 al 8 de septiembre de 2019, en la Sala Ártika, en Vigo, navega por este terreno, enfrentando la lógica (jodida) y se sumerge en lo desconocido, en lo inefable. Se vincula con ese concepto clásico de *daimon*, que responde a impulsos colectivos e individuales y tiene una conexión con "el destino, la voz de la conciencia, la intuición, el ángel o el demonio, el murmullo de la voz interior que se detiene o empuja", según explica Ana Vallés en el programa. Sin embargo, para ella, el *DAIMON* que más le interesa es el que también es "yo", que actúa como "una puerta a lo extraordinario, a quien nos salva, a lo sublime o a la locura". Estas son preguntas que han estado presentes durante mucho tiempo en su poesía. En *Los limones, la nieve y todo lo demás* , Ana le preguntó al espectador, a quién besar: belleza o locura. En esta pieza, los dos se besan.

La compañía opta por el gran formato, con un equipo base de 14 personas y una exhibición de música en vivo, coreografías y textos poderosos. Se hace una reflexión interesante sobre la profesión teatral, la dinámica de las empresas y el mismo lugar donde Matarile se encuentra en el panorama escénico, así como cuáles son algunas de

sus referencias. Está formulado a través de textos bellamente hilados que tocan el lugar preciso, algo que ya es el sello distintivo de Ana Vallés, y se refuerza al dejar de lado la lógica de la palabra y jugar con los otros elementos escénicos, no solo desde un punto de vista significativo, sino también también y sobre todo estética.

Si, como dice Ricardo Santana, estamos frente a un paisaje (paisaje político y social entendido) cuya peor característica no es la hostilidad, sino la indiferencia, y donde la cultura parece haberse convertido en una especie de ruido de fondo; lo que necesitas hacer es llevarlo a primer plano. Se crea una sacudida necesaria, tanto simbólicamente, por toda esa carga estética y significativa que contiene el ensamblaje, como literalmente, en los momentos de descargas explosivas de sonido, que sacuden la indiferencia, el cuerpo y hacen que los que están siéntete aludido (sí, las personas con sensibilidad acústica, usa tapones para los oídos durante unos momentos de clímax sonoro, que también pueden molestarte). La locura se apodera del patio trasero y hay quienes se ríen de las palabras que contienen mucha crueldad.

La música, con hermosos solos instrumentales (como los de la viola de Alba Loureiro) y también acompañada por la suave voz de Cristina Hernández Cruz, modula ese paso de la belleza a la locura de la apoteosis, reforzada por Nacho Sanz a la batería, en la que se procesan. , gana intensidad, se distorsiona y parece golpear los cuerpos de los artistas.

Destacan los momentos de danza catártica de Ana Cotoré, la danza sonora con el cencerro colgante del cuello de Neus Villà y las composiciones corporales de Nuria Sotelo. La iluminación de Baltasar Patiño es, como siempre, excelente. Hay momentos de tanta belleza que uno podría quedarse allí, a la larga, presa del efecto de las luces.

La presencia de Celeste es magnética en cualquiera de los registros y acciones que desarrolla, y Jorge de Arcos parece flotar sobre la escena para ponerse de pie. Revísalo como esa presencia demoníaca que acosa e incluso se mueve y manipula; a veces ángel, a veces demonio. Así, de una manera muy sutil, abre y cierra la pieza y, al mismo tiempo, esa puerta conduce a lo extraordinario al que aludió Ana Vallés.

Ana Abad de Larriva

Arctic Hall, Vigo, 8 de septiembre de 2019

Enlace original en Galego
https://erreguete.gal/2019/09/16/daimon-y-la-jodida-logica/?fbclid=IwAR0LyHegpXHo6IEA2_RJtl38af3MdkJjyMkAYWAN7_0aouRO0nAE05pnFc4

Critica de la la actuación en el **Azkuna Zentroa Alhondiga de Bilbao**

berria

TRADUCCIÓN DE LA CRÍTICA PUBLICADA EN EL DIARIO BERRIA, EL 12 / X / **2019**

Agus Perez

KRITIKA. ANTZERKIA

La gallina en el lugar de la cabeza
'Daimon y la jodida lógica'

En el programa de mano del último estreno de la compañía Matarile aparece la cabeza de una escultura griega, pero le falta la parte superior, concretamente la que corresponde al cerebro, y en su lugar aparece una bonita gallina. *Daimon y la jodida lógica* se llama la última producción de la compañía gallega, y para sumergirnos mejor en su enjundia, debemos aclarar primero que la palabra *daimon* procede del griego y puede querer decir tanto ángel como demonio. En palabras de la directora Ana Vallés, «Daimon también es yo, nuestro yo incomprensible; una parte de nosotros que conecta con lo irracional […]; una puerta a lo extraordinario, […] a la locura».

Una vez sabido eso, comprenderemos mejor el planteamiento de *Daimon*, si bien, de por sí, en *Daimon* no hay nada que entender, como en todos los trabajos de la compañía Matarile, como en las piezas de danza verdaderamente grandes. O tal vez haya mucho que entender en ellos, pero no por los estrechos conductos de la jodida lógica, sino a través de las imágenes y por las entrañas.

Muchos dicen –y yo estoy de acuerdo en ello– que todas las obras de Ana Vallés son iguales y al mismo tiempo diferentes, pero eso es lo que le sucede a todo aquél que llega de verdad al fondo de las cosas. Vallés –y Baltasar Patiño, proveedor de una imprescindible ayuda artístico-técnica– hace tiempo que llegaron al fondo de las cosas, tanto por lo que respecta a los temas en los que profundizan como por lo que se refiere a los elementos que emplean para investigar en ellos, y en sus montajes es habitual la presencia de pasajes declamados muy despojados –acostumbran a ser párrafos tomados de grandes pensadores–, de poderosos pasajes de danza y de personajes extraños a la estética habitual.

Por esos caminos, primero hemos visto un bailarín con uniforme escolar de señorita, y tras él han llegado la bailarina casi desnuda del parche en el ojo, la maravillosa intérprete de viola procesada con la camisa abierta y los pechos a la vista y ese personaje enigmático que deambulaba sobre zancos durante toda la función, tocado con sombrero y luciendo una nariz de veinte centímetros. Las apariciones de estos seres son habituales en el estilo de una compañía que busca «la destrucción del paradigma teatral al uso», junto con reflexiones referidas al racismo de los europeos, a la física cuántica, a la situación del planeta, a nuestro atormentado modo de vida y a la tristeza que nos rodea. Además en este caso se les ha unido el

significativo rol de unos cuantos músicos de alto nivel –también ellos y ellas han actuado– en la batería, teclados, voces, trompeta, guitarra eléctrica y en la antes mencionada viola.

Para cuando nos hemos querido dar cuenta, se nos habían pasado dos horas entre poderosas imágenes oníricas, y estas palabras de Roberto Bolaño pueden ser una muestra de todo ese delirio: «Este planeta está vivo, y lo que está vivo no tiene remedio. Esa es nuestra suerte». ¿Ha querido decir destino, o buena suerte?

ORIGINAL

berria

Agus Perez

KRITIKA. ANTZERKIA

Oiloa buruaren lekuan

‘Daimon y la jodida lógica’

Konpainia: Matarile. **Zuzendaritza:** Ana Vallés. **Argi-diseinua eta musika-ekoizpena:** Baltasar Patiño. **Testuak:** Ana Vallés, Robert Burton, Ives Bonnefoy, Guiseppe Adami eta konpainiako kide batzuk. **Lekua:** Bilboko Azkuna Zentroko auditorioa. **Eguna:** Urriak 10.

Greziar eskultura bateko buru bat agertzen da Matarile konpainiaren azken estreinaldiaren esku-programan, baina goiko aldea falta zaio, burmuinarena alegia, eta haren ordez oilo polit bat agertzen da. *Daimon y la jodida lógica* (Daimon eta logika madarikatua) deitzen da Galiziako konpainiaren azken ekoizpena, eta haren muinean hobeto murgiltzeko, lehenago argitu behar dugu *daimon* hitza grezieratik datorrela eta aingeru zein deabru adierazi ditzake. Ana Vallés zuzendariaren hitzetan, «Daimon ni ere bada, gure ni ulertezina; irrazionala denarekin […] konektatzen duen gure atala izan daiteke; arruntasunetik kanpora begirako atea da, […] zorotasunera doan atea».

Hori jakinda, hobeto ulertuko dugu *Daimon*-en planteamendua, nahiz eta, berez, *Daimon*-en ez dagoen ulertzeko moduko ezer, Matarile konpainiaren lan guztietan bezala, benetako dantza-lan handietan bezala. Edo, beharbada, asko dago ulertzeko haietan, baina ez logika madarikatuaren bide estuetatik, irudietatik eta erraietatik baizik.

Askok esaten dute –eta ni ados nago– Ana Vallesen lan guztiak berdinak direla, eta aldi berean diferenteak, baina hori berori gertatzen zaio gauzen muinera benetan heltzen dion orori. Valles –eta ezinbesteko laguntza artistiko-teknikoa ematen dion Baltasar Patiño– aspaldi heldu ziren gauzen muineraino, bai sakontzen dituzten gaiei bai haiek ikertzeko baliatzen dituzten elementuei begira, eta beren muntaietan ohikoa da soiltasun handiko pasarte deklamatuak –pentsalari handiengandik hartutako txatalak izan ohi dira–, dantza zati indartsuak eta estetika arruntetik kanpoko pertsonaien presentzia.

Bide horietatik, nesken eskola-uniformea janzten zuen gizon dantzari bat ikusi dugu lehen, eta haren ostean etorri dira begi batean partxe bat zeraman neska dantzari ia biluzia, alkandora zabalik eta bularrak agerian biola prozesatua jotzen zuen interprete miresgarria eta emanaldi osoan zehar zango-luzeen gainean zebilen pertsonaia enigmatikoa, sonbreirua jantzita eta hogei zentimetroko sudurra luzitzen zuena. Horrelako izakien agerpenak ohikoak dira «antzerki-paradigmaren suntsiketa» bilatzen duen konpainiaren estiloan, europarron arrazismoari, fisika kuantikoari, planetaren egoerari, gure bizimodu tormentatuari eta inguratzen gaituen tristeziari buruzko gogoetekin batera. Kasu honetan, gainera, haiei batu zaie goi mailako musikari batzuen rol esanguratsua –haiek ere aktore jardun dute–, bateria, teklatuak, ahotsak, tronpeta, gitarra elektrikoa eta lehen esandako biola jotzen.

Konturatu orduko, bi ordu igaro zaizkigu irudi oniriko ahalmentsu haien artean, eta amaieran esandako Roberto Bolañoren hitzak izan daitezke eldarnio horren guztiaren erakusgarri: «Planeta hau bizirik dago, eta bizirik dagoenak ez dauka erremediorik. Horixe da gure zortea». Patua esan nahi izan du, ala zoriona?

Publicado 4 de diciembre de 2019 - *Julio Castro*

Donde reside el *Daimon y la jodida lógica*

Regresa Matarile con otro análisis del "*yo*"

Cuando le preguntaba hace unos meses a Ana Vallés acerca del teatro, de lo que para ella es teatro, venía a explicarme que el teatro debe acercarse a la forma de ser real de las personas: "*no me gusta el teatro hecho desde ningún tipo de falsedad o impostura, máscara o personaje, necesito que se hable desde un "yo" creíble*". Y lo que ocurre es que las personas tenemos muchas formas de vernos desde el interior y de mostrarnos hacia el exterior. Cuando hablábamos de esa cuestión, apenas estaba comenzado a diseñarse el *Daimon* en su cabeza, y faltaban por llegar los ensayos y, con ellos, su desarrollo definitivo.

El Daimon y su espacio no físico

Hace alrededor de una década decía Leonardo Boff "*Necesitamos una ética que nazca del ethos, que es nuestra casa, la morada humana. Necesitamos organizar la casa, que es la tierra donde vivimos. Pero, la ética también nace del otro, del que esta frente a mí. Hoy no se trata de rechazarlo, ni castigarlo, ni destruirlo, sino de acogerlo*". Se trata del mismo Boff que en 2003 hablaba del "*ethos*" y el "*daimon*", los dos conceptos desde los que los filósofos griegos observaban al individuo en su entorno, y hacia los que ya se refiriera Heráclito diciendo que "*el ethos es el daimon del ser humano*", entendiendo el primero como morada, y el segundo como su genio protector. Para Boff, entonces, se había pervertido tanto el orden como los términos de lo que importa, lo que permite que la pérdida de la ética facilite a los jefes de Estado utilizar la mentira y engañar al pueblo. Hoy día, el ahora filósofo (que antes fuera sacerdote y creador de la Teología de la Liberación perseguido por el Vaticano) traslada esa necesidad del ethos a la salvaguarda del planeta, pero, indudablemente, tras él está nuestro daimon: para lo mejor y para lo peor.

Pero, una vez asumido que el ethos lo generamos, es el *Daimon* el que aquí nos ocupa, y el que moverá a quienes dirigen la obra de Matarile. Y ese daimon es más cercano quizá al de Hesíodo que al de Heráclito, al que hace referencia, es el ser del plano intermedio entre ambas dimensiones, humana y divina o, me atrevo a decir, que estará más cerca aún del homérico, donde el daimon rondará al humano, tendrá influencia sobre él, como un ser "*pinchante*" que, en uno u otro sentido, no nos deja vivir completamente ese libre albedrío, hace que nos levantemos de una u otra manera, con "*nuestros demonios*" cotidianos y vitales.

En esta casa escénica, los personajes, que son personas, huyen de la sombra de sí mismos, como ocurre evidentemente con Ricardo Santana cuando expulsa una y otra vez al demonio deforme de Jorge de Arcos, que elevado en sus zancos se le sitúa detrás como un shinigami tan japonés… y aquí, permítanme que me maraville del acercamiento que logra entre esos ángeles buenos y malvados que somos como daimon, y los dioses/demonios orientales que se asume como parte de la naturaleza humana y que entra tanto en el Kabuki, como en el manga. Porque damos la vuelta al globo terráqueo con el camino de este *Daimon* que se le ocurre a Vallés y a su equipo de creación y encontramos, de nuevo, lo que decía: esos "*demonios cotidianos*" que son tan nuestros.

Es posible, claro, ver otras sombras en el entorno creativo, o en su significado, pero también hay luces. Si libero la mirada, me atrevo a cosas que tal vez no están, como los chilenos cegados por la barbarie dictatorial chilena en estos meses de manifestaciones, a través del parche de Nuria Sotelo. Pero, claro, tal vez sólo haya sido una manera de llegar al mismo terrible lugar para mirar el entorno con un solo ojo, o habiendo perdido ese ojo de shinigami, precisamente, en las calles.

Del mundo eléctrico a la potencia pausada

Si la música de la percusión de Nacho Sanz tiene un recorrido tan amplio como para levantarnos en sus más duros golpes, o acomodarnos en suaves acompañamientos, Alba Loureiro puede enloquecer en todos sus registros musicales, a los que añadirá su primer plano performático y de movimiento, en un personaje de voz silenciosa, pero de eléctrica potencia. Se hace parejo con la tremenda Ana Cotoré, desbordante en la danza, primer plano de acción física que logra hacer saltar en varios momentos todo el escenario para llevarse a su propio daimon consigo, dentro, sin librarse de nada del mismo.

El daimon de Neus Villá acabará transformándose en la figura alada de luz, quizá no tanto por lo más tradicional de nuestro occidente, sino por lo efectista de su resultado y lo plástico de la imagen. Cristina Hernández Cruz también ha colaborado antes con la compañía, y no deja de lado la fuerza de su movimiento en escena, la voz y esos teclados que componen parte del sueño eléctrico de sus creadores.

"*Somos un sueño imposible que busca la noche*", canta Celeste González a Chavela Vargas durante la función en modo karaoke. No la canta desde la impostura de querer ser Chavela, sino desde la realidad de ser ella, y desde su personaje de esa noche que quiere imponerse ante el público, como realmente hará. En parte está recogiendo lo que hemos ido viendo, pero también es cierto que ese mismo trabajo de síntesis se viene haciendo en los diferentes formatos que abarca este trabajo, mientras sus distint@s integrantes enfocan la puesta en escena hacia la dualidad de los seres que comprenden ese yo y su daimon en los distintos espacios, que aquí son uno.

Si no hablo de la creación que rodea a la creación, no seré justo con una parte fundamental del trabajo. Y es que la parte del diseño técnico (iluminación, estética, sonido) hacen, como siempre, que Baltasar Patiño sea otro de los integrantes de la escena, que logra la mejor medida para que todo oscile entre un teatro que requiere el profundo análisis, y el espectáculo impactante que completa la belleza del movimiento. Su labor se convierte en mucho más que un mero diseño, o una puesta en escena, pasando a ser una pieza, a veces clave, a veces necesaria, siempre de agradecer.

Completar una propuesta

La trayectoria de Matarile en los últimos años, aparentemente, ha diversificado las propuestas escénicas para crear un recorrido. Sin embargo, desde un punto de vista global, podríamos concluir que lo que ha ido construyendo es un conjunto de lugares propios que, en distintos formatos, abordan el momento, pero no la actualidad como noticia, sino la vivencia del ser humano como actualidad.

Así que, por ejemplo, con su *Teatro invisible*, unipersonal que permite vincular el teatro y la tragedia de su situación de cuasi olvidado, a un profundo análisis filosófico de esa realidad compartida, esboza un camino de nuevos tiempos hacia escenarios más compartidos. Justo antes, aquel *Staying alive*, en formato danza teatro con elenco más numeroso, festejaba esa realidad de la que a veces nos olvidamos: la de poder contar nuevos momentos, no sólo de existencia, sino también de creación. Entonces ya preconizaba José Henríquez "*actrices / bailarinas de cuerpos y movimientos tan distintos, sus juegos circenses y poéticos, sus ironías*", que encontraremos más tarde, como también, inmediatamente después, aparecería ese teatro invisible del que hablaba nuestro compañero crítico en su artículo. No olvido a los *Hombres bisagra* (que no he llegado a conocer), donde las referencias se mueven entre lo performático y lo musical. *El cuello de la jirafa* nos preparaba para una mirada lejana, tanto desde lo presente como hacia el futuro, en el recuerdo latente y en la cercanía de la construcción más diminuta. Quizá la primera gran explosión del pensamiento hecho acción sería *Antes de la metralla*, donde además exportan su investigación más allá de su entorno cercano, para arrastrarnos a la rebeldía en una mirada exterior: aquello ya exigía hacer algo. Enseguida llegaría su *Circo de pulgas*, en el que la sociedad se extendía desde la transgresión de la metralla hacia duda y al significado de las realidades opuestas. *Los limones, la nieve y todo lo demás*, un paso a dos entre espacios interiores, que promueve un equilibrio entre el movimiento y la reflexión, donde sus protagonistas se ligan íntimamente a través de sus respectivos formatos de expresión.

En definitiva, el teatro de Matarile desde su regreso en 2013 abarca el movimiento más vinculado a la danza, lo musical, el gran formato, el más reducido, lo performático, lo más teatral… en un repertorio que tiene todo el sentido del mundo en la trayectoria, haya sido buscada, o haya sido resultado de la evolución vital. Ninguna de sus propuestas es superficial, ni dejan indiferente y, probablemente, la más reciente sea la más potente de todas (impactante es), habrá que dejarla reposar y aguardar a la siguiente, para seguir completando el puzle.

Todos ellos son un camino que desemboca, desde sus respectivos planteamientos filosóficos, puntos de vista que surgen a partir de la mirada del patio de butacas. Es el primero en el que no vemos a la Vallés en escena, porque ha preferido ofrecer su mirada desde fuera, en la creación, la dirección, la

propuesta de ideas, mientras ella continúa con otros de sus trabajos. Pero sus contenidos siguen integrando y envolviendo completamente el resultado durante su desarrollo escénico.

En esta ocasión también nos sorprenden con una magnífica revista de gran formato conmemorando 30 años de escena, donde se recogen sus trabajos de los últimos años, más en imagen que en texto, y que promete un futuro, porque viene señalada con el "Nº 1".

Más información

El último montaje de Matarile Teatro, estrenado en septiembre en Vigo, supone una explosión de danza, teatro, palabra, juego, filosofía, música en directo, investigación sobre el sonido, iluminación generadora de un espacio elocuente… con nueve intérpretes en escena. Su título se basa en un concepto mitológico que puede significar -según el contexto- "*el destino, la voz de la conciencia, la intuición, ángel o demonio, el murmullo de la voz interior que detiene o empuja. Una presencia oculta, imprevisible, que determina actos y decisiones que no podemos explicar racionalmente*" (Ana Vallés).

El trabajo con los intérpretes se centra en "*buscar un equilibrio entre lo verdadero y lo verosímil*" y de esta manera reflejar "*el misterio, lo inexplicable que hay detrás de las personas, lo que mueve, impulsa y emociona*". Para ello, la directora artística ha contado con un elenco formado en parte por artistas habituales de la compañía (Celeste González, Ricardo Santana, Nuria Sotelo, Nacho Sanz, Alba Loureiro), y cuatro nuevas incorporaciones (Ana Cotoré, Neus Villà Jürgens, Cristina Hernández Cruz y Jorge de Arcos), dos de ellas fruto de dos convocatorias públicas a las que se presentaron más de 150 personas realizadas en el Azkuna Zentroa de Bilbao y el Centro de Danza de Zaragoza.

En cuanto al resto de elementos artísticos, vuelve a ser primordial la música original con presencia de los creadores sobre las tablas (Nacho Sanz, Alba Loureiro, Cristina Hernández y Baltasar Patiño, este último además es el productor musical). La producción musical es tratada de forma especial, ya que se producen modificaciones en la sonoridad de los instrumentos en tiempo real. Asimismo, la iluminación, sello de calidad de la Compañía, funciona como atmósfera creando lo que se ha llamado "espacio elocuente

https://larepublicacultural.es/article13265

Blog Cultural
EL GATO TROTERO
Redacción y Fotografía: **Santiago Navascués**

Daimon y la jodida lógica

Si por algo se notó la mano de *Luis Jiménez* al hacerse con las riendas del *Festival de Teatro de Olite* hace ya varios años, es porque quiso darle una renovación al festival, desencorsetarlo de lo puramente clásico y hacerle al público propuestas más modernas y arriesgadas. Con ello, puede que en ocasiones a algunos espectadores les chirriase, pues hasta entonces su mente estaba acostumbrada a unos cánones más o menos establecidos y visionados durante años. Sin embargo, una de las máximas del Teatro es la Libertad, y ejercerla es una obligación para quienes lo desarrollan, porque de su propia libertad puede nacer la de los que observan.

Llegó al escenario de La Cava*, en la trasera del* Castillo-Palacio de Olite*, un montaje transgresor como pocos, puede que quizá el más abundante en ese sentido de lo expuesto en los últimos cinco años de festival. Con* Daimon y la jodida lógica*, los espectadores pudieron asistir a un espectáculo de música, danza, performance... Es una sugestión, un viaje hipnótico a través de los sentidos en busca de ese algo indefinido, aquí llamado Daimón.*

Los griegos se referían al Daimón como el destino que nos venía dado a cada uno de nosotros por el simple hecho de existir, pues creían que los dioses se habían encargado de asignarnos uno. Sin embargo (y hacia aquí camina Ana Vallés*, directora y dramaturga de esta pieza singular)* Platón *escribirá que cada persona es dueño, en sí mismo, de su propio destino, de su daimón, y por lo tanto, de nosotros depende lo que nos ocurra. Nada está escrito ni nada es inmutable, por lo que nuestra voluntad es capaz de alterarlo todo. Esta renovada visión otorga al ser humano una poderosa capacidad de trascender por su propio deseo y no por el gusto de ninguna deidad, y le otorga al hombre una preciosa morada en el Olimpo.*

En el escenario se suceden distintas intervenciones en las que los actores dan rienda suelta a su capacidad interpretativa: la danza se abre paso al son de la música, una pianista canta una canción olvidada, los cuerpos desnudos se contorsionan buscando sus límites como queriendo superarlos, un filósofo nos arroja soliloquios dialogados para hablarnos de lo que somos, de a lo que le damos valor, de la búsqueda de esos momentos de felicidad, de libertad, de reencontrarnos... Todos ellos están alejados de lo convencional, de esa jodida lógica de la que habla el título de la obra y que parece atenazarnos... ¿Será por eso que en nuestras vacaciones cargamos el coche de maletas y nos alejamos todo lo posible (o lo que nos permiten nuestros bolsillos) en busca de vivir otra vida que no es la nuestra pero que nos da la Vida?

El reparto al completo esta a un buen nivel, y cada uno en su parcela desarrolla su trabajo de una forma muy solvente. Un sobresaliente para todos ellos. Además, este montaje destaca por su puesta en escena, por el control de los aspectos más técnicos como la ilumiación y el espacio, con la que crean atmósferas muy sugerentes, incluso mágicas en algunos momentos, que dotan al espectáculo de una personalidad propia.

Daimón o la jodida lógica nos habla de nuestra capacidad de lucha para alcanzar la libertad, porque ella nos proporciona tocar la felicidad de saber que hacemos lo que nos gusta y nos redime por dentro, porque no hay nada mejor que tomar decisiones con la intención de alcanzar un objetivo concreto y lograrlo. ¿No es eso la plenitud? Acude a verla libre de complejos, acércate a ella despojado de ridículos clichés que cercenen tu capacidad de sorprenderte. Sólo así conseguirás adentrarte en el Universo creado por *Ana Vallés* y *Matarile*.

EQUIPO ARTÍSTICO

Dramaturgia y dirección: Ana Vallés
Otros textos: Robert Burton, Yves Bonnefoy, Giuseppe Adami, Charles Baudelaire, Cristina Hernández, Ricardo Santana, Celeste, Neus Villà y Ana Cotoré
Coreografía: Ricardo Santana, Nuria Sotelo, Celeste, Ana Cotoré, Cristina Hernández, Neus Villà Jürgens, Alba Loureiro, Jorge de Arcos, Ana Vallés
Iluminación, espacio y producción musical: Baltasar Patiño
Músicos: Nacho Sanz, Cristina Hernández, Alba Loureiro, Neus Villà y Nuria Sotelo
Asistentes de dirección: Ricardo Santana y Baltasar Patiño
Asistente de iluminación: Miguel Muñoz
Vestuario: Matarile y Naftalina
Construcciones: José Faro y José Quintela
Foto: Rubén Vilanova
Video: Edición Rusa
Producción y distribución: Juancho Gianzo.

DAIMON y la jodida lógica es una producción de Matarile
Más información: www.matarileteatro.net/daimon-inicio

Critica de la la actuación en el **Festival de Teatro de OLITE**

berria

TRADUCCIÓN DE LA CRÍTICA PUBLICADA EN EL DIARIO BERRIA, EL 26 / VII / **2020**

Agus Perez

KRITIKA. ANTZERKIA 2020ko uztailak 26

Matarile konpainiak Erriberrin egin zuen emanaldiaren irudi bat. VILLAR LOPEZ / EFE

'Daimon y la jodida lógica'

Compañía: Matarile. **Dirección:** Ana Valles. **Argiak, Espacio y luz:** Baltasar Patiño
intérpretes: Ricardo Santana, Nuria Sotelo, Celeste, Alba Loureiro, Cristina Hernandez Cruz, Nacho Sanz, Jorge de Arcos Pozo, Neus Villa Jürgens, Ana Cotore.
Lekua: Erriberriko Nafarroako Erregeen jauregia.

Va contra la lógica que yo escriba de nuevo sobre *Daimon y la jodida lógica*, puesto que ya abordé el asunto con ocasión de su estreno en Bilbao. Fue en Azkuna Zentroa, en octubre de 2019, y muchos de quienes allí estuvimos quedamos un tanto desorientados, tal vez por influencia de aquella enorme columna situada en medio del escenario –no formaba parte del espacio escénico, era la estructura del edificio, por increíble que parezca–, pero sobre todo porque la emblemática compañía gallega Matarile dio un gran salto para recuperar las dimensiones que tuvo en otras épocas, guardando en todo caso idéntico esplendor estético y la excelencia en los planteamientos, dado que dichos valores forman parte del ADN tanto de sus creadores como de los miembros que forman en cada momento parte de la compañía.
Así pues, va contra la lógica, pero de forma necesaria, porque resulta significativo que un trabajo como éste, de estética hiper-avanzada haya estado presente en el Festival de Teatro

de Olite. Junto con él vendrán otros cuantos en la presente edición –*Expediente K, Carta al padre*, por ejemplo, de la compañía catalana Intempèrie o el *Madre Coraje* de la andaluza Atalaya– y el festival ya no rechaza piezas con algún toque vasco –este año *Burdina*, el año pasado *Erritu* de Kukai…–. Un cambio para bien, por tanto, y nos ha alegrado ver el nombre del festival proyectado en ambos idiomas en uno de los muros del castillo, así como escuchar las normas de seguridad y la presentación del espectáculo en un impecable euskara.

Pero vayamos al grano, porque va contra toda lógica que un bailarín aparezca con falda plisada y que un personaje sobre zancos sin ningún rol manifiesto haya circulado sin descanso de un lado para otro luciendo su sombrero y su nariz de Pinocchio. De igual modo resulta ilógico que una mujer casi desnuda lleve un ojo tapado con un parche –al menos desde el punto de vista de la estética establecida–, como resulta fuera de lógica que la función no muestre un hilo argumental evidente y que esos seres medio personaje, medio persona, medio actor o actriz, medio danzante, medio intérprete musical saquen a la luz discursos absolutamente coherentes y profundos a lo largo de la función. Ciertos textos provenían de Ana Vallés por la vía de ese Roberto Bolaño que tanto aprecia, y otros de la creatividad de algunos intérpretes, y en ese caos programado se ha situado inmejorablemente la figura transgénero de la actriz que lleva por nombre Celeste.

A su vez, la dramaturgia ha pulverizado contundentemente las leyes del teatro de los últimos siglos, bajo el liderazgo de la música en directo –batería, dos tipos de teclados, violín, trompeta, guitarra eléctrica…– y de un poderoso diseño de iluminación. En ese sentido, el baterista ha jugado un rol central, y a menudo no hemos podido descifrar quién era músico y quién actor entre los artistas. Los cambios de vestuario –todos bonitos, todos mesuradamente provocativos– han sido continuos, los intérpretes han permanecido casi siempre en escena durante las pausas en las que no intervenían, y en los numerosos pasajes de danza ha prevalecido más que nada el riesgo físico. Así, y entre imágenes oníricas de gran calado ha transcurrido la función del palacio de Olite, hasta finalizar arropada por los cálidos aplausos de los espectadores

berria

Kultura

REVISTA

CRITICA

Por Lola Correa

Todas y todos debiéramos tener uno de esos Daimon, que propone Matarile, bien dentro, en las entrañas, agarrado muy fuerte a ellas.

Porque si Daimon estuviera entre nosotras, otro gallo nos cantaría.

Porque Daimon es la ternura contenida, los mil pedazos de un corazón de artista roto por miserables sin consideración artística alguna y que por desgracia son los que manejan el cotarro cultural en el que perecen los Daimon.

Daimon es la lucha contra la mediocridad, el avance lento de la muerte del teatro en todas sus significancias e insignificancias.

Daimon no está, ni se le espera por desgracia, ni entre la alta alcurnia cultural ni tan siquiera, en la mayoría de las gentes del teatro.

Me gustaría ser crítica de verdad, de esas que no dejan títere con cabeza, de las que asumen la crítica como baluarte para desprestigiar, pero ante este trabajo de Matarile me rindo, me resulta imposible ponerle una pega. Quisiera no caer en la trampa del *"buen rollismo"* pero no puedo. Caigo irremediablemente ante la ternura del dolor.

Tuve la suerte de asistir a un ensayo de "Daimon y la jodida lógica" y pensé que, a lo mejor, ya no era necesario repetir el día de la función al que iba a asistir porque contaba con quedarme satisfecha. Pero en cuanto salí del ensayo, mientras caminaba por la calle, decidí que tenía que volver, que quería revivir de nuevo aquella sensación inigualablemente teatral y que pocas veces ocurre: tener ganas de llorar, de gritar: ¡tenéis razón, joder!

Asistir a esta función me hizo preguntarme una vez más: ¿Cambiará algo el mundo teatral después de esto? Debería…pero lo dudo.

Así, Daimon, se quedará en la utopía descrita por Ana Vallés. En el lugar secreto y profundo de los escenarios, atravesado por la historia de los que lucharon por cambiar las formas y los discursos: Pina, Kantor, Artaud…y que sobreviven en contadas ocasiones, machacados por el "infulismo" los "egos atronadores" y las "circunstancias proclives a la apariencia" más que otra cosa.

No voy a destripar nada, Daimon hay que verlo, sentirlo y de nada vale que me ponga a contar de qué va porque, de lo que va, es precisamente de sentir aquí, allí. *Hic et nunc*, ¡maldito seas!

De las múltiples imágenes que podría elegir de "Daimon y la jodida lógica", me quedo con aquella en la que las bailarinas se doblan hacia atrás, parece que se caen, viciadas por la danza, pero una mano, la metáfora de esa que todo lo recoloca siempre desde un plano superior, las va poniendo de nuevo en pie, intentado que se mantengan erguidas, en el camino correcto. Pero ellas, indisciplinadas, se vuelven a doblar, como el junco que no se rompe, reivindicando el lugar correcto, aunque parezca complicado a los ojos de los otros. Esa metáfora, como muchas otras de este trabajo, bien podría formar parte de la resiliencia como defensa cultural (La Resiliencia es un bonito vocablo y muy de moda por eso lo uso. Pero, aún más hermoso es su significado).

Las bases físicas se entremezclan con las verbales y así, Ana Vallés conspira desde la *intertextualidad* modificando a cada paso el mensaje, dándole la forma adecuada para atrapar al espectador/a en el mundo opresivo del teatro y, al mismo tiempo, salvador de una sociedad determinada e indeterminada.

Un catálogo de personajes desfila desinhibido por el escenario, como si el final del mundo teatral acabara de producirse y sólo nos quedara la magia escénica. Y Daimon por ahí, pululando a sus anchas.

Ajenos al superfluo mundo que los rodea, Ana Vallés y Baltasar Patiño, sol y sombra de la compañía Matarile, son dos personas amables, sinceras y tremendamente tímidas que parecen no ser conscientes del poderoso trabajo que hacen. No es que no se den cuenta, es que no alardean de ello, quería decir. Y te explican, sin tapujos, los difíciles momentos que atraviesa la cultura, los festivales, el teatro y por lo tanto, lo complicado y valiente que es sacar adelante semejante producción.

¡Me alegra que sigáis resistiendo, compañeros!

En pleno siglo veintiuno estamos aún a años luz de un avance real en el teatro y la danza contemporáneos. Es cierto, es tan cierto que produce sentimientos encontrados con las artes escénicas.

Una vez más, salgamos del teatro sonrientes, felices por haber sido espectadoras de un trabajo magnifico, lleno de dolor y que aúlla ante nuestros ojos. Aún así, no hagamos nada, no movamos un dedo. Al fin y al cabo: el espectáculo debe continuar. ¡Mierda!… ¡Mucha mierda!

David Barbero Pérez **Desde la fila tres del patio de butacas**

'LA JODIDA LÓGICA' de Ana Vallés

-Hoy tengo muy poco tiempo para dedicarlo a esta comunicación. Uno no es libre y el tiempo no es infinito, aunque algunos lo digan.

-Debo hacer alusión a que ayer estuve en el auditorio de la Alhóndiga Azkuna de Bilbao para ver el arranque de su temporada otoñal de teatro.

-Lo hicieron con la obra 'Daimon y la jodída lógica' de la compañía gallega Matarile teatro. Están dirigidas, tanto la obra como la compañía, por la entrañable y también inefable Ana Vallés.

-Hay que señalar que, arrancar con esta obra, se puede considerar una declaración de principios sobre los propósitos de este centro de dinamización cultural a favor de las nuevas formas y del compromiso con los creadores que se pelean por la innovación.

-La obra es un fiel reflejo de los planteamientos de esta artista: rebeldes, iconoclastas, con un punto de agresividad, reivindicador, integrador de todas las artes, desde luego con un claro propósito de provocar.

-Ana dice en su explicación. 'A mí me interesa más el daimon que también es yo, nuestro yo incomprensible, una parte de nosotros que conecta con la irracional, con el misterio, con lo fantástico, una puerta a lo extraordinario a lo que nos salva a lo sublime a la locura.'

-Seguramente es el mejor reflejo del espectáculo y del propósito de la propia Ana Vallés. Genio y figura. No siempre es fácil de verlo, por la complejidad de su obra.

-Les aconsejaría que, si tienen ocasión, no se pierdan los espectáculos de esta creadora singular. Les prevengo de que no son amables ni bonitos, ni dulces, ni satisfactorios. Puede ser incluso que les exaspere y hasta que les enfade.

-Pero creo sinceramente que merece la pena.

ARTEZBLAI
el periódico de las Artes Escénicas

Más Daimon y menos jodida lógica. La apoteosis de Matarile Teatro

AFONSO BECERRA
09 SEPTIEMBRE 2019

El destino, la voz de la conciencia, la intuición, ángel o demonio, el susurro de la voz interior que detiene o empuja. Presencia oculta, imprevisible, que determina actos y decisiones que no podemos explicar racionalmente. ¿Qué es esto? ¿Te parece que esto puede ser importante para ti, para mí, para nosotras/os? Yo creo que sí.Creo que en esa especie de definición, que baila en la ambigüedad, esa ambigüedad que la tradición considera como una de las particularidades del carácter gallego, está la médula de nuestro vivir cotidiano y de las posibilidades de remontar(lo). La miseria no es algo que nos quede lejos, está agazapada vigilándonos, esperando para tomarnos, para introducirnos en su orbe, para convertirnos en miserables. Ni siquiera dedicarnos al teatro, a la danza, a la música, a la pintura… nos libera de caer en la miseria o de ser unos miserables. La miseria puede ser la indigencia económica, pero si va ligada a la miseria intelectual y ética, entonces, incluso sin que haya pobreza económica, agárrate que hay curva.

Las dos frases largas con las que comienzo este artículo, en las que danza el significado, son de la dramaturga y directora gallega Ana Vallés. Con ellas intenta decirnos lo que es el Daimon.

DAIMON es, pues, un concepto basilar de la última creación de Matarile Teatro, titulada *Daimon y la jodida lógica*, que se ha estrenado el viernes 6 de septiembre de 2019 en la Sala Ártika de Vigo.

DAIMON *y la jodida lógica* es obra de un equipo de 14 personas. En la dramaturgia y la dirección, Ana Vallés. En el escenario actuando: Ricardo Santana, Nuria Sotelo, Celeste, Alba Loureiro, Cristina Hernández Cruz, Nacho Sanz, Jorge de Arcos Pozo, Neus Villà Jürgens y Ana Cotoré. En la iluminación, espacio y producción musical, Baltasar Patiño.

DAIMON es un concepto con el que Matarile juega a dar forma, en un espectáculo sumamente atractivo y arrebatador. Un concepto que puede salvarnos de la miseria más menesterosa, que es la intelectual, la ética y la sensitiva. Porque desde nuestra capacidad para la emoción estética, desactivando nuestros prejuicios más prosaicos, podemos obtener, quizás, esa transformación.

Me intento explicar un poco mejor: desde nuestra capacidad para empatizar y experimentar una emoción estética, más allá de la jodida lógica, que tantas veces no nos funciona en la vida, desligándonos de las conveniencias y expectativas concretas, más podremos emanciparnos de la amenaza de la miseria, que se agazapa en cualquier rincón para apoderarse de nosotras/os. En fin… no sé si me he logrado explicar o si aún la he liado más.

La cuestión es que el DAIMON tiene relación con nuestra posibilidad de ser un poco mejores que quien maltrata, quien es clasista, racista, misógino, homófobo, especista… alguien mejor que quien incendia montes para especular, que quien no tiene escrúpulos en pisarle la cabeza a otros para trepar al poder, que quien manipula a los demás en beneficio propio, desde la política, por ejemplo, instrumentalizando todo lo que tiene a su alcance, desde la cultura hasta la vivienda, etc. Quiero decir con esto que *DAIMON y la jodida lógica* no se ocupa de comenzar la casa por el tejado, sino de ahondar en las bases y en los cimientos que nos pueden catapultar hacia la miseria o salvarnos de ella.

El espectáculo comienza con una luz maravillosa.

¡La luz de Baltasar Patiño en esta pieza es sublime!

Comienza con una luz maravillosa y con Cristina a los teclados haciendo música, porque la música se hace.

Se hizo la luz y la música y el mundo, de esta manera, comenzó bien.

Sin necesidad de palabras.

Se hizo la luz y la música y… ya sabemos que la música amansa a las fieras. Y que la fiera vive en nosotros.

Después el bailarín Ricardo Santana habla y sin dejar la palabra por el suelo de lo obvio o de las conversaciones baratas, mantiene un registro casi poético para referirse a todos esos desasosiegos que, en cierto sentido, atenazan a la gente que se dedica al arte. Pero esos desasosiegos no pueden serle ajenos al público del teatro. Primero, porque la profesión de las artes escénicas, como sigue demostrándonos la actualidad, tocando el 2020, es una de las más vulnerables. Y, segundo, porque los asuntos que trata el discurso, proferido por Santana, no dejan de ser metáfora de aspectos que se dan también en otros ámbitos profesionales y humanos. Asuntos que, a la postre, nos afectan a todas/os. Porque la miseria nos acecha.

Después el escenario se va poblando de seres que se nos aparecen en su excepcionalidad, sin desconectarse, por ello, de la persona que está ahí, dándolo todo. Dándolo todo en equipo, en coreografías de *voguing*, con profusión de poses y gestos de brazos y manos, en dúos, en solos, etc.

En este *DAIMON y la jodida lógica* las presencias del elenco se vuelven excepcionales, por la actuación y el movimiento, por el vestuario colorido y en ciertos cuadros brillante, de lentejuelas.

En este *DAIMON y la jodida lógica* la música y el sonido, en general, en primer término o como telón de fondo, dibujando lejanías de fiesta, son excepcionales, por la transmisión energética que les infunden las actrices y actores que hacen música en escena. Pienso en la desbordante percusión en la batería de luces que toca Nacho Sanz. Pienso en la voz aterciopelada de Cristina Hernández Cruz, cuando canta y toca, como un río, los teclados. Pienso en la fiereza de Alba Loureiro, desgajando sonidos penetrantes de su viola mientras baila. Pienso en esos toques de trompeta, casi como si fuesen los del Juicio Final, y en los rugidos vocales artaudianos de la bailarina y coreógrafa Nuria Sotelo, que compite, en la pista, con las baquetas de Nacho Sanz a la batería, en un diálogo-contienda acoreográfico, que funciona como una improvisación o un partido de futbol. Pienso en el bajo eléctrico estruendoso de Neus Villà. Pienso en la regulación del volumen del sonido, en la descarga de decibelios, en los ecos, en el fondo sonoro de fiesta o feria de atracciones… que pilota, a la mesa de sonido, Baltasar Patiño.

Y la iluminación, en este *DAIMON y la jodida lógica*, también es excepcional, con efectos deslumbrantes, nunca vistos, y con sutiles matices, que delatan una dramaturgia de la luz realizada no solo desde la interacción con el resto de acciones escénicas actorales, dancísticas y objetuales, sino también desde la efervescencia de un inventor de artilugios lumínicos, Baltasar Patiño.

Por tanto, estoy hablando de lo excepcional. Y de cómo el arte y el amor, en cierta medida, o en cierta desmedida, contribuyen a intensificar nuestra vida y a liberarnos de caer en lo que nos opaca y nos acaba por hundir.

Recuerdo la figura emblemática de Pinocho, en el cuerpo magro y fibroso de Jorge de Arcos, que evoca, en cierto modo, al personaje alegórico de la mentira. Una mentira que camina sobre unos zancos especiales (fabricados, por el escenógrafo José Faro, Coti, con patas de mesa). En algunas secuencias se completa, la figura, con un par de muletas antiguas, para componer un ser de 4 patas que se alza por encima de los demás. Esa mentira que flota por encima de nuestras cabezas y que camina de manera ortopédica, que nos resulta simpática y amable… el ángel que lleva las alas al hombro. El demonio de la mentira que se nos antoja como ángel salvador a corto plazo.

Pienso que en este *DAIMON y la jodida lógica* hay, como en todas las obras anteriores de Matarile Teatro, una búsqueda tenaz de la verdad. Esa verdad que no es la del relato que nos montamos desde la jodida lógica. Esa verdad que no es la de las argumentaciones, que igual sirven para justificar una guerra que una acción de paz. Esa verdad que no se fabrica con palabras y que no existe a expensas de nuestros caprichos y conveniencias.

Esa verdad, me parece a mí, es la verdad material y palpable de los cuerpos en acción. Desposeídos de la resignación que los va doblando en el día a día cotidiano, cargados por esas obligaciones que nos marcamos y nos marcan, por todas las concesiones que debemos hacer, por todo lo que debemos callar, por todo lo que debemos aguantar.

Me parece a mí que la verdad que busca Matarile Teatro es esa verdad material, palpable y vibrante de los cuerpos en acción. Cuando adquieren el sentido pleno y convocan en si mismos la autenticidad de una belleza fuera de los cánones de la moda, incluso desde "un sabor decadente", como señalaba, en un comentario en las redes sociales, la dramaturga AveLina Pérez. Esos cuerpos que también son los haces de luz, las ondas sonoras de la música o de la voz, o cualquier objeto que, por obra y gracia de la dramaturgia, se activa y cobra vida poética sobre el escenario.

Me refiero, por tanto, a una verdad poética que se siente, que te entra por los poros de la piel y que se escapa a cualquier coartada o justificación argumental que la pueda doblar o doblegar.

Una verdad refulgente como los cuerpos de Ricardo Santana, Nuria Sotelo, Celeste, Alba Loureiro, Cristina Hernández Cruz, Nacho Sanz, Jorge de Arcos Pozo, Neus Villà Jürgens y Ana Cotoré, en *Daimon y la jodida lógica*.

Forma parte de esa verdad poética, además, un discurso verbal que nace de la necesidad. Por ejemplo, el texto magnífico sobre el tormento, del que nos habla Ricardo. "Esto no son más que notas atormentadas, como era de esperar, no podía ser de otra manera. Todo lo vivimos de forma atormentada, nos vamos de un lugar porque estamos atormentados, no lo aguantamos más. […] El tormento de dejar o no de bailar, de actuar. El tormento del deseo y la expectativa. El tormento de la belleza. Lo demás, cuando decimos 'estoy bien', son momentos de distracción, entretenimientos, alivios. Pero son tan maravillosos los momentos de distracción!"

He aquí lo que bien podría ser una reivindicación de esa verdad que surge cuando no la buscamos, cuando nos liberamos de las expectativas y nos distraemos. Porque la distracción, esos "maravillosos momentos de distracción", casi siempre implica una desconexión de la jodida lógica.

Las palabras también aparecen con una cierta refulgencia, análoga a la de los cuerpos de las actrices y los actores, sostenidas en un registro, como he señalado, casi poético, despegadas de la conversación común. Y desde ahí, sin ceder a lo explícito, abren reflexiones y, en ciertos aspectos, ejercen una crítica que nunca se cuadra ni se vuelve hegemónica dentro de la dramaturgia de esta pieza. He aquí un fulgurante ejemplo, Santana dice: "No paramos de hablar. Ponemos nombres a las cosas y nos quedamos tan tranquilos, como si supiéramos ya algo. Pero no sabemos nada, solo nombres. Decimos África, por ejemplo, ¿pero sabemos qué es África? Y tampoco nos importa, vivimos estupendamente, incluso atormentadamente sin necesidad de saber nada de África. Todo lo más leemos de vez en cuando a algún escritor sudafricano. Un gran escritor, pero de raza blanca y, para colmo, residente en Australia… Y nos deleitamos con su personaje estrella, Elisabeth Costello, militante contra el maltrato animal, porque nos va bien el tema y nos permite desvelarnos en el sofá, planteándonos si dejar de comer animales muertos o seguir dándole al jamón ibérico. Reconozcámoslo: los blancos somos racistas. No puede ser de otra manera, hemos sido los privilegiados de la Historia. Una Historia de cientos de años de no escuchar."

El humor, ese humor irónico, tan gallego, siempre presente en las obras de Matarile, también nos guiña el ojo en este DAIMON.

“Una Historia de cientos de años de no escuchar.” Y seguimos sin escuchar con todos los sentidos. Vamos al teatro para escuchar lo que queremos escuchar. Pero *Daimon y la jodida lógica* nos sorprende, se cuela por otros lugares.

Daimon sienta a la mesa a actrices y actores, que nos miran, que nos sonríen, y a su lado también sienta a las imágenes espectrales de Antonin Artaud, Tadeusz Kantor, Marguerite Duras, Louise Bourgeois (que hace, del acto de pelar una naranja, un acto escultórico), al actor gallego Xan Cejudo, y a otros artistas que ya están muertos, pero que forman parte de esa exploración sobre el Daimon de Matarile, el único vivo es el escritor rumano Mircea Cartarescu.

Se trata de retroproyecciones de vídeo en blanco y negro, en 2 pantallas aplicadas a 2 mesas, con el tamaño necesario para que la imagen de los espectros de estos artistas y pensadores comparezcan a la mesa de *DAIMON y la jodida lógica*, en una proporcionalidad equivalente a la de la imagen real de las actrices y actores, que también comparten mesa. Esta ha sido otra de las escenas emocionantes, por la tensión rítmica generada gracias al contraste entre presencias reales, corpóreas y en color, y presencias virtuales, animadas y en blanco y negro. Vivos y muertos en una misma mesa. Tiempos pasados hechos presentes.

También ha sido emocionante por la carga vital de la imagen de esos artistas que actúan de manera virtual, por los rasgos de sus facciones tan peculiares, por sus expresiones habitadas por la intensidad de sus pensamientos, por la mirada que aún podemos adivinar llena de vida y de utopías.

En otra secuencia, Celeste, se aproxima al público, nos habla de las expectativas, imagina a Cartarescu discutiendo con Becerra sobre culturas minorizadas. Y yo, claro, me sorprendo, aunque no es la primera vez que aparezco nombrado en alguna pieza de Matarile Teatro. Me sorprendo también porque no conozco a Mircea Cartarescu y nunca lo he leído. Pero estoy casi seguro de que ambos podríamos coincidir y estar de acuerdo, aunque él se refiera a su vocación de escribir sobre asuntos humanos que trascienden las fronteras de su país, Rumanía, sin quedarse restringido a lo local, igual que hacen los escritores de los países hegemónicos en Europa, tipo Alemania, Francia, Inglaterra, etc. Estoy casi seguro de que podríamos coincidir y estar de acuerdo, salvando las distancias, claro está, porque mi concepción de lo local entronca con la concepción filosófica oriental de que en lo local también reside lo universal, de que en lo pequeño y en lo micro está contenido lo macro, más allá de la etiqueta de un “nacionalismo” cerrado, solipsista y exclusivista. También desde una posición singular de rechazo a la uniformización y homogeneización colonialista de las culturas de poder, del globalismo de las multinacionales, etc. Pero este es otro tema, otra deriva.

¡Por cierto, qué maravillosa es y está Celeste! Recuerdo su solo de danza, vestida como una sirena áurea, encadenando poses en la vertical para acabar en el suelo, desde un hieratismo de elegancia sensual y dolida. Todas sus transformaciones, con los cambios de ropa en cada entrada que hace. Sus interpelaciones a las espectadoras y a los espectadores, con esa voz profunda, dulce y sensual. La performance en la mesa con la media en la cabeza, recortando la boca y moviendo en ella una dentadura ortopédica, al mismo tiempo que, en una de las pantallas, recuperamos la imagen en vídeo de Mauricio González en *Truenos y misterios* (2007), realizando la misma performance. Un juego plástico que convoca tiempos distintos, igual que los convocan los vídeos de los artistas que ya no están vivos o presentes en cuerpo, pero sí presentes en imagen y en pensamiento. Y, al lado, en la mesa, la performance musical de Nacho Sanz, mordiendo un plato dorado, amplificado, para generar un cuadro de alta intensidad rítmica en el juego de contrastes y complementariedades, en la producción de asociaciones y en la impresionante plasticidad de su ejecución. A la que se suma Nuria Sotelo, semidesnuda, evolucionando, con su cuerpo escultural, por encima de la mesa corrida, que se sitúa paralela a la grada del público, cerca de nosotras/os.

Hubo muchos números espectaculares en los que me emocioné y me sentí arrastrado por la acción que afloraba o estallaba en el escenario.

La emoción es importante en la vida, porque implica un movimiento interior que nos lleva hacia algún lugar. Aunque su procedencia sea misteriosa y ese lugar hacia donde nos lleva también pueda ser un

misterio. Pero cuando nos emocionamos es porque algo pasa, algo acontece. Emocionarse con la danza musical de Neus Villà, que hace girar el cencerro de una vaca alrededor del cuello; o con la danza ondulante y quebrada de caídas de Ana Cotoré, con sus juegos de melena, sus ojos inmensos y su dicción del fragmento de *Morire*, de Giuseppe Adami para la ópera de Puccini; o con Celeste, cuando ensaya una canción apasionada de karaoke; o con el texto de Ricardo Santana, vestido con una faldita plisada y una blusa blanca, que intenta escanear el lugar en el que nos encontramos, en lo artístico y en lo vital, etc. puede, la emoción ahí, incluso, resultar comprensible. Igual que puede resultar comprensible emocionarse con el solo de danza y viola de Alba Loureiro, o con las descargas musicales de la percusión de Nacho Sanz, porque la música y el sonido, en su fisicalidad vibratoria, nos toca directamente.

Sin embargo, emocionarse con el cambio de luz, desde una bola gigante de espejos al vestido de Alba, dentro de una atmósfera de sueños, eso se sale de los cánones de la emoción comprensible. Eso nos lleva hacia un afecto, con A, en el cual el efecto, con E, lumínico-cinético-musical, se transmuta en afecto, con A, y en movimiento espiritual. Y ahí cambió mi respiración y se alteró mi ritmo cardíaco, ahí pasó algo inefable, pero totalmente experiencial.

Daimon y la jodida lógica es una apoteosis daimónica que la medida de la dramaturgia convierte en belleza. Esa belleza en acción que nos mueve. Esa belleza que no es la del paisaje o la de una puesta de sol magnífica, sino la belleza humana que, a veces, el teatro consigue hacer brotar e incluso estallar en los escenarios, en un ofertorio en el cual la presencia, de cada espectadora y de cada espectador, suma.

¿Cómo se lleva DAIMON con la lógica? ¿Cuál es la relación entre DAIMON y la jodida lógica? ¿Y si, en vez de ser *DAIMON y la jodida lógica*, fuese DAIMON o la jodida lógica?, considerando ese “o” como una conjunción disyuntiva, en plan: o DAIMON o la jodida lógica, tú eliges.

Como te que quedes con la jodida lógica a ver cómo disfrutas de la vida, de la poesía, de la música, del teatro, de la danza…

Como te quedes en la jodida lógica a ver cómo disfrutas.

Y si no disfrutas estás jodida/o.

¿Merece la pena vivir sin disfrutar?

Pues eso. Más DAIMON y menos jodida lógica.

AFONSO BECERRA

09 SEPTIEMBRE 2019

Mi reino por un caballo

DAIMON Y LA JODIDA LÓGICA. El lenguaje de signos de lo inefable

Una crítica de Fjsuarezlema
19 octubre, 2020

Sobre el escenario, un conjunto de personajes habitan un territorio indeterminado llamado, por decirlo de algún modo, existencia. En ese lugar bailan, padecen, cantan, se callan y abren puertas a lo extraordinario, buscan la redención, subliman y reflexionan.

Esta podría ser una suerte de sinopsis de la pieza «**Daimon y la jodida lógica**» de Matarile Teatro que, con textos y dirección de **Ana Vallés**, nosotros hemos podido ver en el Teatro de la Abadía, en Madrid.

Hemos creado un mundo material inabarcable, hemos logrado, como especie, rodearnos de artefactos externos, de artilugios más o menos innecesarios, quizá, consciente o inconscientemente, para llenar vacíos en torno a los que preferiríamos no mirar. Pero queda un vasto mundo por explorar: el mundo del espíritu, no el mundo de lo inmanente, sino el espacio de lo trascendente. **Es en ese mundo de los deseos, de las decisiones, de la voluntad, de las expectativas, el que está detrás de la carne y el hueso, donde Matarile hunde su bisturí** para observar y especular.

Es esta pieza performativa, textual, musical e inteligente; **un compendio de muchos hallazgos e investigaciones previas por parte de la compañía**. Solo hay que detenerse en las cartas que Ana Vallés, la autora y directora, enviaba, durante el proceso de trabajo, a los integrantes del equipo. En ellas reside un reflejo del amplio simbolismo, de la considerable dosis de filosofía, que acabaría impregnando el resultado final. Un final «subjetible» en el que no sabemos si la forma determina la posición del sujeto o el sujeto la posición de la forma.

Es este «Daimon y la jodida lógica» **un ejercicio de capas sobre capas que remiten a un buen número de hitos culturales**, a un buen número de

pensamientos que parecen hibridarse, con mayor o menor dificultad. Levantas una capa y encuentras a Hamlet; levantas otra y está Plutarco, o Walter Benjamin, o Huberman, o Thomas Bernhard, Byung-Chul Han, Cartarescu, Kaurismaki y hasta el *I Ching*.

No sabemos si todos ellos/as pueden apelmazarse y formar una enorme bola de referencias cruzadas, rizomáticas, pero sí vemos que esa bola crece y crece en escena y Matarile la lanza colina abajo librándonos a todos del encargo Sisifesco de volver a subirla hasta la cima.

Tal vez sí hay algo que vincula todas y cada una de las referencias que podemos encontrar en los textos que escuchamos en escena, porque tal vez todos comparten un mismo código al hablar de la existencia, del azar, del sentido o sinsentido de la vida. Todos ellos/as , al igual que Matarile, al igual que cualquier espectador/a, se sienten llamados a buscar una lógica a su existencia. Un asunto central, un *logos,* que diría Víctor Frankl, pues la motivación primaria de todo ser humano parece ser la voluntad de sentido. Pero Ana **Vallés sube a sus actores y actrices a escena, a sus músicos, para decirnos: «la vida no obedece a contingencias, estúpidos»**. (Lo de "estúpidos" es cosa nuestra, conste). Y no podemos estar más de acuerdo.

Nos viene a la mente el famoso aserto de Spinoza: «*Natura abhorret vacuum*». **En la naturaleza no hay sitio para el vacío**, todo parece explicarse por una jodida lógica. Por la presencia de una voluntad que se encuentra en cada uno de nosotros y que nos lleva a dotar de sentido a todo cuanto nos rodea. La idea de la pieza de Matarile pasa por desbaratar el sentido, por procurar un caos, **una teleología que abrace la arbitrariedad, tirando el teatro por la ventana, dándonos a entender que la vida puede ser tomada como una aceptación del horror del vacío**.

Porque, sí, la lógica, es una especie de certidumbre, de asidero, de suelo no resbaladizo, pero **la mayor parte del tiempo vivir es algo semejante a caminar sobre placas de hielo, sobre puentes colgantes**, atravesar desiertos con arena entrándonos en los ojos. Visto así, aborrecer el vacío sería como aborrecer nuestra esencia.

En escena, **Ana Vallés dispone el artefacto con soltura, con solvencia**: actrices y actores dispuestos a entrar en el cabaret vital, dispuestos y dispuestas al baile, a la tragedia, al canto, a la desnudez, a la introspección y a ocupar el escenario como en una película de Kaurismaki, **como en un videoclip que hubiese dirigido una filósofa cansada de filosofar.**

Hay **pirotecnia visual, abrumadora y elocuente, gran trabajo de la mano de Baltasar Patiño** y una apuesta firme por ponerle banda sonora al banquete: percusión, karaoke frustrado, platillos y violín.

Todo funciona como en **un planetario en el que no importa demasiado la posición de cada astro, de cada estrella, porque todas son importantes y el centro es lo menos relevante en un firmamento**. Matarile buscando la *substancia aeterna;* el dar forma a un universo deformado (o al revés). El mayor logro: el de bracear contra corriente y seguir pudiendo respirar en este río de aguas revueltas que es el teatro.

Uno de los momentos más hermosos, al menos para un servidor, se ofrece al final de la pieza: un juego de mesas repartidas a lo largo del proscenio y varias actrices y actores sentados, mirando al público, mientras se proyectan unas imágenes que recrean lo imposible: **el azaroso existencialismo**. Este momento parece decirnos: **incluso la intelectualidad, a menudo, solo busca el autoconsuelo de los significantes**.

Nosotros, que pensábamos que íbamos a salir con el corazón encogido, envueltos en la ausencia *Bernhardiana* de toda esperanza, salimos, sin embargo, satisfechos, henchidos; tarareando incluso, cerca de un semáforo de la glorieta de Quevedo, una melodía de Benjamin Clementine, haciendo llegar nuestras condolencias al miedo, y nuestras felicitaciones a Matarile.

Mi reino por un caballo
19 octubre, 2020

DAIMON 2020
Por

DAIMON y la jodida lógica. Portada de la **Revista ARTEZ** diciembre 2019